

Nacidos para jugar: Perspectivas del juego en la infancia

Minerva Rodríguez Sanz

Facultad de Educación-Centro de Formación del Profesorado, Universidad Complutense de Madrid

<https://dx.doi.org/10.5209/ritie.101439>

Como inicio, cabe resaltar la idea fundamental del libro, donde el juego es una actividad fundamental durante toda la infancia que desempeña un papel indiscutible en el desarrollo cognitivo, social y emocional de los niños. Diversos autores y corrientes pedagógicas han subrayado su importancia, fundamentando así que el juego permite a los niños explorar su entorno, desarrollar su creatividad y adquirir habilidades esenciales para la vida adulta. En este sentido, la presente reflexión aborda el juego desde distintas perspectivas, enfatizando su papel dentro del ámbito educativo, su valor estético y cultural, su relevancia en las metodologías pedagógicas y su relación con la tecnología y el desarrollo psicosocial.

Podemos decir entonces que durante la introducción del libro se aborda el juego como una actividad innata en el ser humano que se manifiesta desde los primeros años de vida y que nos permite conformarnos como seres sociales. Así lo desarrollan distintas corrientes filosóficas y destacados pedagogos como Friedrich Froebel, Jean Piaget o John Dewey. Sus amplias y detalladas teorías han defendido el juego como un mecanismo esencial para el aprendizaje y la autonomía infantil. Ortega y Gasset, por ejemplo, señala que el juego es una experiencia voluntaria que permite a los niños ganar autonomía y autorrealización, mientras que Piaget considera al juego como una institución social clave en el desarrollo cognitivo. En este sentido, se reafirma la idea de que el juego no solo es un medio de diversión, sino que también facilita la interacción social y el desarrollo de habilidades comunicativas.

Fijando ahora la mirada en torno al ámbito educativo, se puede apreciar el juego se ha reconocido como una herramienta pedagógica de gran valor. Aunque tradicionalmente se ha considerado una actividad separada del aprendizaje formal, durante las últimas décadas se ha demostrado que su incorporación en el aula mejora la comprensión de conceptos, impulsa la concentración y fomenta la motivación del alumnado. En efecto, Laura Camas Garrido destaca en el primer capítulo el valor educativo del juego como experiencia estética cotidiana, subrayando que permite a los infantes recuperar la imaginación y el humor. A través del juego, los niños experimentan placer y disfrute, lo que facilita la adquisición de conocimientos de manera natural y significativa.

En siguiente instancia, las conocidas actualmente como “metodologías pedagógicas alternativas”, incluyendo fundamentalmente el modelo Montessori y Waldorf, han otorgado al juego un papel central e indiscutible en el proceso educativo. Durante el segundo capítulo, Patricia Quiroga argumenta que estas metodologías promueven un ambiente de aprendizaje en el que el juego libre es el eje del desarrollo infantil. Para que el juego tenga un papel central dentro del aprendizaje, el aula está diseñada para fomentar la autonomía del niño y permitirle explorar su entorno a través de actividades lúdicas que se adecúen a su nivel psicoevolutivo. Del mismo modo, la Educación Lenta, defendida por Silvia Sánchez Serrano en el siguiente capítulo, plantea que el juego debe desarrollarse sin prisa, atendiendo a los ritmos propios de los niños y niñas permitiendo que puedan vivir el tiempo de manera natural y significativa, en contraposición con la aceleración propia de los sistemas educativos actuales.

Como se ha mencionado anteriormente, el diseño de los espacios educativos influye en la calidad del juego infantil. Tatiane de Freitas realiza una revisión histórica sobre la evolución de los espacios de juego en las escuelas, concluyendo que estos han pasado de ser considerados meros espacios recreativos a convertirse en elementos esenciales para el aprendizaje. Poco a poco, las escuelas han ido adaptando sus entornos para facilitar los tiempos de juego y la exploración libre, incorporando patios, zonas lúdicas y mobiliario flexible que permite a los discentes interactuar con su entorno de manera más libre y creativa.

Seguidamente, cabe resaltar la idea de que el juego también es un medio fundamental para desarrollar valores de cuidado y responsabilidad con y para los otros, para la sociedad. Alicia García Fernández señala en el sexto capítulo que el juego enseña a los infantes a respetar normas, a trabajar en equipo y a desarrollar valores fundamentales como la empatía. A través de distintas tipologías de juegos, los niños y las niñas aprenden a relacionarse con los demás y a construir lazos afectivos. Dicho vínculo entre el juego y el cuidado es especialmente notable en el uso de objetos transicionales como los *doudous*, que proporcionan

seguridad emocional a los más pequeños mientras les permite reforzar su conexión con sus cuidadores. En la misma línea, la autora de este capítulo también presta especial importancia a los juegos cooperativos que permiten desarrollar el sentido de comunidad y solidaridad, fortaleciendo las habilidades de resolución de conflictos y trabajo en equipo. Este aspecto es esencial para la formación de ciudadanos comprometidos y responsables en el futuro.

Ampliando el juego hacia una perspectiva sociocultural, es posible definirlo entonces como una herramienta imprescindible para la socialización infantil. Prado Martín-Ondarza desarrolla en el séptimo capítulo que el juego es un fenómeno universal y transcultural que permite a los niños y niñas comprender las normas y valores de la sociedad en la que crecen. No obstante, aborda también algunos factores que pueden influir en el acceso al juego, como el tiempo disponible, las diferencias de género o el contexto socioeconómico. En sociedades donde el trabajo infantil sigue siendo una realidad, el derecho al juego es vulnerado, lo que repercute negativamente en el desarrollo integral de los más pequeños. Por este mismo motivo, los organismos internacionales han hecho un llamado para garantizar espacios y tiempos adecuados para el juego, asegurando su inclusión como un derecho fundamental.

Por último, y siendo casi un tópico en las dos últimas décadas, el libro aborda en el último capítulo cómo la tecnología ha transformado la manera en que los niños juegan y se relacionan. Así pues, Alba Torrego González analiza la relación entre el juego y las nuevas tecnologías, señalando los beneficios y desafíos que implican los videojuegos y las plataformas digitales. Por ende, aunque los juegos en línea pueden potenciar el aprendizaje y la motivación, su uso excesivo o prolongado sin la supervisión adecuada puede derivar en sedentarismo y problemas de socialización. La gamificación en las aulas, cuando se emplea adecuadamente, puede ser una estrategia efectiva para mejorar la participación y el compromiso del alumnado. Es importante que dentro del triángulo educativo, el personal docente docentes y los padres regulen el tiempo de uso de estas herramientas para que los niños y niñas puedan disfrutar de una experiencia equilibrada y enriquecedora.

A modo de conclusión, el juego es un elemento esencial en la infancia que influye en el desarrollo integral de los infantes. Su incorporación en el ámbito educativo permite un aprendizaje más significativo y motivador, favoreciendo la creatividad, la socialización y el bienestar emocional. Para ello, las metodologías pedagógicas alternativas han demostrado la eficacia del juego como herramienta de enseñanza, mientras que la adaptación de los espacios educativos y el uso responsable de la tecnología pueden potenciar sus beneficios. En este sentido, es fundamental que la sociedad y, más concretamente las instituciones educativas reconozcan el juego como un derecho de la infancia. Por todo ello, solo queda decir que el juego permitirá que los niños y las niñas puedan desarrollarse plenamente y alcanzar su potencial, tal y como expone ampliamente el libro *Nacidos para jugar: Perspectivas del juego en la infancia*.